



CAPITULO QUINTO.

Comida.—Ismaelfa.—Trasborde.—Arenales ó Desiertos de Sara.—Canal de Suez.—Puente de Port-said.—Embarque.—Vapor Aquille de triste memoria.—Dificultades á bordo.—El Illmo. Sr. Fierro acongojado.—Arreglo favorable.—Algunos disgustos.—Partida.—Temores al desembarque en Jaffa.—Documentos del P. Cárdenas.

QUAS doce, el tren en marcha y prevenidos debíamos ir porque en toda la tarde no saldríamos de la voluntaria prisión y no habría donde cenar. Y *¿ahora donde cenamos?* nos preguntábamos. No se apuren contestó uno, el Illmo. Sr. Obispo proveerá, por de pronto la comida y después la cena. Así fué, nada se le escapaba á este próvi-

dente padre; ya en la ciudad había arreglado con el dueño del hotel nos preparara algo para el camino, y todo estaba dispuesto convenientemente. Como hijos de familia estábamos ciertamente; nada nos apuraba, y todo lo teníamos bien arreglado, gracias á Dios y al Illmo. Sr. Obispo. Un poco apenas habíamos andado cuando ya nos repartía el P. Hueso la torta que la providencia del Illmo. Sr. Fierro nos había dispuesto. Un bulto forrado de papel nos fué entregado á cada cuatro personas, es decir, en un bulto se encontraba la ración para cuatro personas; abrimos luego cada uno el que le había sido entregado; allí encontramos huevos para todos, carne fría, pan, sal, pollo y cinco sabrosas manzanas. ¡Oh! sin dilación cumplimos con nuestra comisión dándole á todo honrosa sepultura y admirando una vez más la solicitud paternal y el celo de nuestro digno mitrado mejicano.

Poco tiempo duró la diversión, faltándonos sólo el agua ó vino para completar la operación. Allí no es como en los ferrocarriles mejicanos, sépalo el lector para cuando le sea dado visitar estos lugares; no se encuentra en ningún coche, agua y en la mayor

parte ó casi en ninguno el excusado, de suerte que debe ir siempre prevenido de estas dos importantes cosas. En fin, con unas narajitas que habíamos adquirido con los *soldos*, íbamos mitigando la sed y cubriendo esta necesidad. ¡Oh mi Dios! qué alegría, qué contento, qué felices fueron esos días; pero deslízáronse cual humo, y sólo recerdos nos quedan, los cuales algunas veces nos consolaban y otras aumentaban nuestros pesares y grandes penas.

Platicando unos y rezando otros, pasaba el tiempo, hasta que nos fijamos en lo que, según nos habían indicado desde que salimos del Cairo, estábamos en Ismaelía, donde había que traspasar. En efecto, las tres y tres cuartos marcaba el reloj mismo que cuando salimos del Cairo señalaba las once y cuarenta minutos. Tomamos nuestros equipajes y ¡á tierra señores peregrinos!, que nos encontramos en el lugar que la Sagrada Escritura y la tradición señalan como memorable, y de cuyo hecho, que voy á referir, tomó su nombre.

Sabido es que Abraham, el patriarca á quien Dios le ofreciera multiplicar su descendencia como las arenas del mar, tuvo

dos mujeres, Sara y Agar. De la primera nació Isaac y de la segunda Ismael. En cierta ocasión, despidió á la segunda de su casa, la que llevó consigo á su inocente y tierno hijo Ismael. Atravesaba muy fatigada el desierto, sin tener ni una gota de agua con que refrigerar la sed de su adorado hijo. En tan aflictiva situación, y desesperando de remediar tan grave mal, coloca al pequeñuelo al pié de un árbol á fin de no verle morir y ser testigo de tan triste acontecimiento. Mas ¡oh Providencia singular de Dios! un milagro se obrará para salvar la vida de este niño, de este inocente, de este único consuelo de tan afligida madre. Agua se necesita, pues agua habrá. No hay de donde sacarla, de la tierra brotará. *Fiat*, dice el Señor, y el agua en abundancia surcará la tierra y resucitará al niño. ¡Oh señores! á qué tiernas reflexiones se presta el acontecimiento que en tiempos muy lejanos se verificó en este lugar. Ya nos parecía ver al tierno niño exhausto y sin fuerzas al pie del árbol, casi ya por instantes concluyendo su vida, víctima de la más ardorosa sed; ya también veíamos con la imaginación á la amante madre Agar,

con el corazón partido de dolor, llena de angustia allá á lo lejos, esperando que por momentos concluyera la vida y se le arrancara para siempre el alma al objeto de su amor, al hijo de sus entrañas; ya, por último, nos representábamos á estos dos seres, llenos de las bendiciones de Dios y ambos recobrando la vida, el primero la del cuerpo, y la segunda la del espíritu, que desfallecido estaba por tanta pena. Hé aquí, pues, en pocas palabras, el origen histórico de esta población y del nombre que lleva.

Tuvimos que andar un poco del lugar donde bajamos del tren para tomar el que nos debía conducir al punto de nuestro destino. Había mucha arena, un sol abrasador nos sofocaba y los pesados bultos que llevábamos nos acababan de martirizar. En fin, cerca de diez minutos durarían estas penas y nos encontramos en el andén sin poder acomodarnos luego, porque nos pasó lo mismo ó peor que en el Cairo; había muchos pasajeros y era imposible poder encontrar asiento todos, pero ni con dos coches más. El movimiento empezó en la estación; la máquina trajo un wagón y subí.

tamente fué ocupado, vino el segundo, é igual caso aconteció, y por fin el tercero y último para los señores peregrinos. Ya nos subimos y acomodamos, así como nuestros molestos equipajes, que bien lo dice la etimología: *paje, carga para caballo*, mas eran recuerdos de nuestro viaje y por lo mismo los apreciábamos más que piedras preciosas y eso nos obligaba á sufrir algunas incomodidades y aun algunas penas. Señores pasajeros, al tren, gritaban, pero en árabe, y todos se fueron colocando, pues la hora de partida era llegada y ni un momento faltaba; "las cuatro de la tarde más treinta y siete minutos, ni uno más puede pasar," dice el conductor. Ya tomamos agua y nada nos hará falta, con el favor de Dios. Un inmenso desierto atravesamos esta tarde, el llamado de Sahara, y que según se cree, antiguamente estaba invadido por las aguas. Cual más, cual menos, sabe las penalidades que experimenta el pobre viajero que se ve obligado á atravesar estos pesados caminos.

He aquí, pues, la razón por qué en estos sitios el camello y el elefante son los que mejor se acomodan, ya por los arenales tan

pesados, ya por la escasez de agua. La primera dificultad ó peligro que tiene el viajero es el viento que llamado *simoun*, se levanta en algunas partes y sepulta bajo sus escombros caravanas enteras. La falta de agua es un inconveniente bastante grave y que el viajero algunas veces remedia llevando consigo un recipiente que pueda contener alguna cantidad de este precioso líquido, tan escaso por estos lugares. Admirábamos, y al mismo tiempo compasión teníamos, á los que tal vez en esos momentos ó en esas horas estarían sufriendo estas penalidades, pues que si bien el camino de hierro y la civilizadora máquina atraviesa estos lugares, no todos pueden de ella hacer uso.

Dos horas poco más ó menos, antes de llegar al puerto de Port-said, se encuentra el viajero y nos encontramos los peregrinos mejicanos con el famosísimo canal de Suez, (1) el que por su margen fuimos en gran espacio viendo.

(1) Una gran compañía fué formada en 1854 para llevar á cabo este célebre canal y la cual el 5 de Enero de 1856 obtuvo la concesión firmada por el Sultán, y cuyo presidente fué Mr. Fernando de Lesseps.

A las siete y tres cuartos el silbido de la máquina anunciaba á todos los moradores de este puerto que llegaban los peregrinos mejicanos, y á nosotros nos avisaba que estuviéramos listos, porque ya había cumplido su compromiso y tendríamos que desocupar el lugar, pues al día siguiente lo ocuparían otras personas con quienes se iba á comprometer. De suerte que tan pronto como llegamos nos pusimos en el andén y Cook ó sus agentes se presentaron en el acto, y viendo la tarjeta que el Señor Obispo les mostrara, nos enseñaron los coches que nos habían de introducir al centro y conducirnos á la bahía. Todo se hizo casi instantáneamente, porque habían anuncia-

Los trabajos comenzaron el 22 de Abril de 1859 y el día 17 de Noviembre de 1869 fué solemnemente inaugurado. Desde Port-Said á Suez tiene una longitud de 160 kilómetros y su anchura varía entre 58 y 100 metros y su profundidad es de 8 metros. Los gastos totales de su construcción se elevaron á 458.400,065 francos.

Hé aquí la fabulosa suma que costara la colosal obra llevada á cabo por el francés Lesseps; inmortal su nombre será, pues á su gran inteligencia y asiduo trabajo se debe el que nidos quedaran el Mediterráneo y el Mar Rojo. Con razón, pues, en el jardín que en Port-Said existe, le han levantado un modesto monumento que perpetúa su gloria.

do que saldría luego el vapor. Toda la bahía estaba casi oscura, y luego que llegamos nos trasladamos á los botecitos que la misma agencia Cook había arreglado, pues todo es por cuenta de ella, si así se conviene desde que se toma el boleto. Un cuarto de hora empleamos en llegar á bordo, y quedamos sorprendidos cuando vimos tantos pasajeros. Mientras no se presentaba el boleto á nadie señalaban su camarote ó lugar, así es que nosotros estábamos sobre cubierta esperando á nuestro respetable presidente, el Ilmo. Sr. Fierro, que como siempre, era el último en llegar, pues hasta que no veía que todos estábamos listos, no se movía. Por fin, poco dilató, y atravesando entre la multitud que invadía la cubierta, se presentó al Sobrecargo y surgieron varias y serias dificultades, á tal grado, que no querían admitirnos. Una hora ó quizá más estuvieron en aclaraciones en el despacho, y mientras tanto, nosotros escuchábamos y hacíamos miles de comentarios: "que sí, que nó, parece que ya se arregla, pues quién sabe qué pasará," nos decíamos el uno al otro. El Señor Obispo, estaba mortificado, apurado,

pensativo, sin saber qué hacer; la Compañía no quedaba conforme, y á fé que tenía razón, por lo que adelante diremos.

Cuando estábamos dispuestos á suplir lo del boleto, inter se veía á la Compañía Cook, convinieron los señores que representaban á la Compañía Austriaca, y á cada uno nos fueron colocando. El famoso "Aquille" nunca se nos borrará de la memoria, ya por los sucesos que en él tuvieron lugar, ya también por sus alojamientos tan feos y sus alimentos peores; es de la Compañía Austriaca y dicho está todo. Tan sólo nos contentamos con ver el departamento de segunda, y listos estábamos sobre cubierta, en medio de una multitud que nos acompañaba y de un inmenso gentío que había en el puente, pues debe saberse que la razón de tanta afluencia de gente á la Tierra Santa era la Semana Santa que iban á celebrar los católicos y en seguida los rusos cismáticos, de los cuales hay un buen número por estos lugares. Más adelante hablaremos de esto. Tan pronto como nos habíamos instalado, el celoso y caritativo Señor Obispo se presentó indagando si estábamos contentos, á lo que, como era na-

tural, contestamos afirmativamente, ocultándole nuestra displicencia. En la cubierta nos instalamos, dispuestos á no bajar en toda la noche, como lo verificamos. Algunos como los Padres Vilehis, Lopitos, Vera, Maciel Luque, Cárdenas y Romo Luis, así como D. Mariano Flores y D. Cenobio, se determinaron á sufrir y se fueron á dormir. El Padre González, Delgado, mi tío y yo nos estuvimos en el cuarto de fumar y él es testigo de nuestra vigilia. Los otros compañeros, que no iban en primera categoría, se pasaron la santa noche andando y platicando. El pensamiento de que muy poco durarían estas penas, nos consolaba y hacía resistir con resignación los vaivenes un poco pronunciados del mar, la mala cama y feos alimentos.

Eran las diez y tres cuartos de la noche, cuando, levantadas las escalas y todo ya en preparación, habiéndose retirado el consignatario y dada la orden de partida, el capitán había puesto todo en movimiento y algunos marineros que componían parte de la tripulación se pusieron á recoger el cable y á levantar las anclas. El timonero comenzó á hacer virar el famoso "Aquille" y luego

empezó á andar, perdiéndose de vista en unos cuantos momentos las luces que iluminaban la población de Port-Said, que sólo de noche pudimos ver, es decir, sólo atravesar sus calles y eso sólo unas, las que de la estación del ferrocarril á la bahía conducen.

Amaneció el miércoles veintitrés de Marzo, y todos tristes y cabizbajos nos fuimos saludando y contando nuestras penas; raro era el que estaba satisfecho, y ; quién lo ha de ereer! los que creíamos que habían estado más mal, eran los que más habían dormido, los que en aquellos peores cajones se habían colocado. Todo se había olvidado ya, y una nueva cosa venía á quitarnos la paz y á intranquilizarnos un poco, contribuyendo á aumentar nuestro desasosiego; todas las personas á quienes habíamos preguntado y algunas que officiosamente nos informaban, nos habían dado datos para nuestra instrucción. No se nos borraba de la memoria el Sr. Dr. Ruiz, que fué el primero en darnos esta noticia. "Tengan mucho cuidado, nos decía, con la bahía de Jaffa; es muy resgosa por los arreeifes que allí se encuentran; muchas veces está en

movimiento el mar y para poder desembarcar es menester esperar á que el movimiento del mar empuje el bote y entonces tiene uno que brincar y estar listo para que una persona muy perita y robusta abraze á uno y lo ponga en tierra." Todos nos decían lo mismo, y á la verdad que á mí me daba mucho en qué pensar; ya con esta noticia y lo cercano que estábamos á este famoso lugar, se habían olvidado las penas de la noche anterior. Tomamos nuestro desayuno á las siete de la mañana, es decir, un poco de té con rebanadas de pan frío, que era lo único que podíamos apetecer, esperando con impaciencia el saltar á tierra para ver si salíamos con bien de los peligros que tan cerca nos amenazaban. Como á las ocho, empezamos á divisar, aunque á una distancia muy regular, los cerros que se encuentran en la población de Jaffa. Mientras más nos aproximábamos, como era muy natural, más también eran perceptibles. El vapor avanzaba y más y más nos acercábamos á este puerto. Las diez, y poco falta; las diez y cuarto, ya casi llegamos; las diez y media, estamos frente; las diez y tres cuartos, se ha presentado el práctico, y lue-

zo dejaron caer las anclas, quedando ya nuestro vapor sujeto y sin poder avanzar más.

No sé lo que pasaba en la bahía, que ningún bote se presentaba para poder desembarcar. Casi media hora, ¡qué digo! pasaba media hora cuando dejaron caer al agua unos de los botecitos salvavidas que siempre hay en los vapores y uno de los oficiales se dirigió en él á la playa, no sabemos con qué objeto. Cuando él desembarcaba y á tierra saltaba, todos los boteros, que eran algunos, como treinta poco más ó menos, y que en la playa estaban, se disputaban el paso, y cual si carreras apostaran, se dirigían al vapor. Nosotros, así como todos los que llevaban boletos de la Agencia Cook, tuvimos que ponernos á sus órdenes y esperar algún momento para que todos fuéramos conducidos, y todo se arregló convenientemente.

Se me pasaba la ocasión de hacer presente que la compañía tuvo razón para exigir algún documento más para admitirnos ó darnos alojamiento, y con sobrados motivos alegaban al Ilmo. Obispo. A otro día el Padre Cárdenas presentaba este documento

que guardaba y nadie sabía. Se le manifestó al capitán, toda diferencia desapareció y todo quedó perfectamente arreglado. Perdón por este paréntesis.

CAPÍTULO SEXTO

